CERVANTES
Y
EL IDEAL CABALLERESCO

POR

RAMON MENENDEZ PIDAL

La relación en que consideremos a Cervantes respecto a la poesía épica medieval y respecto a la vida que esa poesía representa, encierra la más disputada cuestión sobre el carácter atribuible al *Quijote*. Toda obra de valor universal ofrece múltiples facetas en que brilla su universalidad, y el *Quijote*, en el especial aspecto que vamos a exponer, ha sido apreciado de maneras opuestas, y muy prevalentemente ha sido juzgado por autores extranjeros, a los cuales nos vamos a contraer para excluir la posible intromisión de móviles limitadamente patrios.

Es manifiesto que una primera apreciación hace ver al *Quijote* como sátira de la abnegación y la nobleza de carácter, una franca burla que hace reír a costa del último caballero andante. Es la impresión que Cervantes mismo descubre en parte de su público, que no busca sino jovialidad: "Vengan más quijotadas, embista Don Quijote y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere". El romanticismo gustó mezclar esa risotada con una lágrima, y algunos entonces miraron el *Quijote* como el más genial libro decadente y desalentador.

Pero en el mismo romanticismo fué mucho más general una segunda impresión, que trueca esa risa y esa lágrima en sonrisa de melancolía e interés. Ve ridiculizada la acción quimérica, pero siente dignificado y amable el impulso que la inspira.

La primera impresión, la negativa, está expresada por Lord Byron en su *Don Juan*: "El *Quijote* es la más triste de todas las historias, tanto más triste cuanto nos causa risa; su héroe busca siempre la justicia, pero precisamente sus virtudes son las que le vuelven loco; las nobles empresas son nada más que una burla; Cervantes, con una sonrisa, desterró de España la caballería y cortó el brazo derecho de su patria; compró su propia gloria de escritor muy cara, con la perdición de su pueblo."

Poco después, un hispanista, profesor de la Sorbona, autor de una extensa *Historia de España* en diez volúmenes, Eugenio Rosseeuw-Saint Hilaire, cuando en 1838 hizo su tesis doctoral, pensaba, fundándose en los versos de Byron, que Cervantes, al crear el sublime loco, "inmolaba al ridículo toda clase de generosos instintos; triste burla, que el genio hace aún más sacrílega".

Independientemente de Lord Byron, la más precisa exposición de esta manera de ver es la hecha en 1884 por el laureado profesor de la Ecole des Chartes, de París, León Gautier, autor de la historia más amplia y más documentada que existe sobre la epopeya francesa, admirador decidido de la orden medieval de la caballería. Es autor de un libro sobre esa institución, *La Chevalerie*, obra destinada tanto a los doctos como al gran público, deseando imbuir las glorias de la antigua Francia en el ánimo del hombre moderno, para apartarle del egoísmo mercantilista que le ahoga, para comunicarle amor a la Verdad y a la Belleza. Pues esta obra de 850 páginas en folio, monumental por su contenido y por el lujo de su edición, ilustrada con magníficas composiciones grabadas, debidas a ilustres artistas, ostenta en el centro de la primera página un gran retrato de Cervantes, que a un lado lleva la figura de Roldán, moribundo en el campo de batalla de Roncesvalles, y al otro lado, Don Quijote arremetiendo a los molinos de viento. Tal grabado ilustra la elocuente y extensa dedicatoria de este libro, glorificador de la vida caballeresca de la vieja Francia: "Dedico esta obra a la memoria de Miguel de Cervantes Saavedra, que se burla de la caballería en su libro y fué un verdadero caballero en su vida; la dedico al más grande los escritores de España y a uno de sus más valientes soldados; al autor del *Quijote* y al herido en Lepanto". Pero luego esta doble estima sufre restricciones. Gautier lamenta que Cervantes, gran caballero tanto en la grandiosa batalla naval como en el cautiverio de Argel, como en la alta aspiración moral en cuanto escritor, ha hecho, sin embargo, ridícula la caballería, llevando a cabo en España la misma obra que Rabelais en

Francia, apartando de todo ideal a los hombres, haciéndolos vulgarmente sensatos y razonables. "La caballería —añade Gautier— fué herida en su corazón por las burlas de este caballero... Yo proclamo que el *Quijote* es obra maestra incomparable: quizá ningún otro escritor se ha elevado a tal altura; pero discúlpese si prefiero el hombre al libro. Al leer y releer estas páginas inmortales, siempre me queda algo que perdonar a quien las escribió, y para indultar al autor del *Quijote* necesito pensar en el soldado de Lepanto."

Desde luego, difícil es comprender cómo el soldado valeroso, el que hallándose con fiebres el día de la colosal batalla sale de su lecho y solicita en su nave el puesto de mayor peligro, donde recibe las heridas de que se enorgullece en el *Quijote,* el que en el cautiverio muestra siempre osadía, generosidad y espíritu de sacrificio, puede, al escribir el *Quijote,* demoler las virtudes que tan arraigadas se muestran en su vida y en sus otros escritos. La explicación que Gautier busca es suponer que Cervantes se excedió en su sátira. "Es indudable —dice el crítico francés— que Cervantes sólo atacó la falsa caballería, la que arremete contra los molinos de viento, pero no la verdadera, la que sabe morir por una causa vencida; pero pocas inteligencias son capaces de comprender estas delicadas distinciones, y Cervantes, exagerando su ataque a los libros de caballerías, no calculó el daño que causaba al común de los lectores, que no pueden ver en la novela inmortal sino el descrédito de la caballería toda. Es circunstancia atenuante —continúa Gautier— el que las estúpidas novelas caballerescas de los siglos XV y XVI exasperaban con mucha razón la grande alma del herido de Lepanto; si él hubiese podido leer la *Chanson de Roland* o el *Aliscans,* de seguro no hubiera tenido valor para publicar el *Quijote.*"

De ningún modo asentimos a esta explicación. Cervantes, es verdad, no podía leer el *Roland* ni el *Aliscans,* entonces ignorados; pero aunque tampoco podía leer el poema de *Mió Cid* ni el de *Fernán González,* los conocía indirectamente por el trasunto prosístico que de ellos da la *Crónica General de España,* y estas viejas creaciones épicas no detienen su sátira. Lo que sí hacen es dictarle una distinción. Desde el primer capítulo de la novela hace consistir el desvarío mental de Don Quijote, en que creía al caballero de la Ardiente Espada mejor que al Cid, y en capítulos sucesivos, el Canónigo de Toledo, queriendo volver a buen camino al loco, le recomienda que, en vez de las absurdas ficciones de *Esplandianes* y *Belianises,* lea los hechos del Cid y de Fernán González, que le harán "enamorado de la virtud, enseñado en la bondad y valiente sin temeridad". Por tanto, si Cervantes hubiese podido conocer el *Roland* como conoció el *Mió Cid,* hubiera publicado sin vacilar el *Quijote,* pues la caballería anárquica y aventurera de los caballeros andantes, que yerran por el mundo de sus fantasías, nada tienen que ver con la caballería épica, organizada al servicio de la cristiandad y del Imperio Carolingio, o al servicio de los reinos hispanos de la reconquista.

Vamos a mostrar rápidamente que Cervantes no cae en inconscientes exageraciones, como supone Gautier. Sabe perfectamente que la caballería épica es grande y noble, y sabe distinguir de colores tan matizadamente que le basta, no ya leer el *Roland,* sino sólo leer el *Amadís* para afirmar que hasta en los libros de caballerías hay algo bueno, y entonces el *Amadís,* libro excelente "único en su arte", es salvado del fuego en el escrutinio de la biblioteca quijotesca, aunque ese libro bien escrito tiene sobre sí, según dice el Cura expurgador, la gran culpa de ser padre y dogmatizador de la mala secta caballeresca. Y si entre los libros de Don Quijote hay algún otro libro de caballerías recomendable, el *Palmerín de Inglaterra* o *Tirante el Blanco,* también se salvan de la hoguera. Tanta es la simpatía y el respeto de Cervantes por todo lo bueno y lo bello, simpatía siempre manifiesta, que no da fácilmente lugar a las tergiversaciones que Gautier supone inevitables, y que sólo pueden surgir en una lectura del *Quijote* poco atenta.

. . . . . .

¿Consiguió Cervantes en su ficción humorística salvar el idealismo caballeresco? O, por el contrario, ¿consiguió sólo hacer a la Humanidad cautamente sensata, prosaicamente razonable, apartándola de toda generosidad, como Gautier insinúa?

Aquí nada mejor que poner a votación el tema discutido. Y frente al parecer de Byron, el gran poeta romántico, debemos oír el de Hegel, el gran filósofo del romanticismo, quien por dos veces trata, en la segunda y tercera parte de su *Estética,* de la disolución de la caballería en lo cómico, comparando a Ariosto con Cervantes. Ve Hegel en Don Quijote un héroe de naturaleza fundamentalmente noble, cuya alocada y generosa decisión individualista, inquebrantable, a pesar de debatirse en medio de una civilización muy desarrollada y adversa, se manifiesta siempre grande por los más bellos rasgos de carácter que nos la hacen interesante; Cervantes ironiza la caballería como cosa anacrónica, pero ella se eleva de continuo por cima del rastrero buen sentido, sobreponiéndose a la cortedad positiva, prosaica, sanchopancesca.

Otro excelente poeta romántico, el escocés John Gibson Lockhart, un apasionado de los romances, está muy lejos de ver nada contrario al espíritu de éstos. Admira la habilidad de Cervantes, su éxito en impedir que confundamos los disparates del loco andante con las generosas aspiraciones del caballero; por cima de todos los toques jocosos, Don Quijote nos hace respetar su alma noble; por eso su historia es propiedad y orgullo de todo el mundo civilizado, pues simbolizando la eterna lucha entre el Entusiasmo y la Necesidad, representa la omnipotencia y la vanidad de los sueños humanos.

Sentimientos análogos manifiesta Wordsworth. Ante Don Quijote no siente lástima, sino veneración por sus nobles acciones; la razón anida en el recóndito y majestuoso albergue de aquella locura.

Tieck, tan admirable traductor del *Quijote* como admirable poeta y crítico, duda que algo que no sea el entusiasmo mismo pueda producir el tan general y duradero entusiasmo que produjo y produce la gran obra de Cervantes; lo maravilloso de este libro único consiste en que el protagonista nos causa tanto respeto como risa, y a través de la parodia llega a ser para nosotros un héroe verdadero.

Y así, algo semejante sienten una inmensa mayoría de literatos; Don Quijote, fuera de su desvarío, es de natural tan noble, de tan superior entendimiento, que, en realidad no le rebaja ninguna de las afrentas que recibe (Friederich W. Schelling); a la vez que hace reír, conmueve e inspira viva simpatía (Louis Viardot, Edouard Mennechet, H. Dohm, Paul de Saint-Victor); cuanto más nos reímos del héroe, más nos inclinamos a amarle (Louise Ozenne); el *Quijote* no satiriza los sentimientos caballerescos de España, sino la desatinada caballería andante, que era importación de una literatura extranjera (Charles Magnin); no hay ningún libro que respire heroísmo más noble (Ch. Furne); Cervantes no escarnece el ideal, sino sólo aparentemente (Víctor Hugo); Cervantes no intenta

destruir el ideal, sino que, haciéndonos simpático al caballero de las causas perdidas, nos muestra que todavía cree él en la caballería (Angelo de Gubernatis); la grandeza moral del héroe de la Mancha es evidente para todos los que saben ver y leer; este monómano de la justicia y del honor es, a mi parecer, el modelo y el tipo de los verdaderos grandes hombres (Octave Lacroix).

Entre otros muchos sufragios afirmativos que debiéramos aducir, entresacaremos todavía otro, para que, frente a León Gautier, hombre de inquebrantable fe en el pasado, tengamos la impresión del espíritu más escéptico, más amargo y pesimista, Enrique Heine, guiado por lejana esperanza en el porvenir. Con edificante contraste, el pasadista no quiere ver en la risa de Cervantes sino desaliento, mientras el futurista encuentra en ella inviolable asilo de toda noble aspiración.

Heine gustaba referir (lo repite en su *Deutschland* y en una *Einleitung zum Don Quichotte*) que el *Quijote* fué el primer libro que conoció cuando en la niñez se halló capaz de leer de corrido. Esa lectura fué atrayente, prolongada desde un florido mes de mayo hasta la otoñal caída de la hoja, en el jardín donde el pequeño Enrique se retiraba con el maravilloso libro; y conforme el niño avanzaba en aquellas páginas, el dolor por los golpes, escarnios e ingratitudes que recibe el heroísmo del hidalgo manchego, aumentaba más y más el afecto infantil y la admiración por el caballero de Dulcinea. Heine, después, en cada lustro de su vida, relee el *Quijote*, recibiendo impresiones muy diversas, a veces tan desagradables para los sueños y ambiciones de la juventud, que le hacían apartar de sí el libro. Pero siempre, en todos los senderos de la vida, especialmente en todas las dudosas bifurcaciones del camino, ve aparecer el caballero escuálido y el rechoncho escudero, y cuando se alejan, siente a distancia los positivos roznidos del rucio y más potentes los entusiastas relinchos del famélico "Rocinante". El noble caballero de la Mancha quería traer de nuevo a la vida un pasado desaparecido, y su flaco cuerpo caía magullado al encontronazo de la realidad actual; también es otra grave locura, dice Heine, querer introducir demasiado pronto el porvenir, cuando para el duro combate con los egoístas intereses del día no se posee más que unas desvencijadas armas y un mal jamelgo; pero alentadora, nos atrae la voz tumbal del caído Don Quijote, rebelde a las conminaciones del vencedor: "Dulcinea del Toboso es, a pesar de todo, la más hermosa mujer del mundo, y no desdeciré nunca esta verdad, aunque yo, el más desdichado de todos los caballeros, yazga en tierra. Aprieta esa lanza, falso caballero de la Blanca Luna, y quítame la vida, pues me has quitado la honra."

No acabaríamos nunca de recoger votos; pero como todos los aducidos son del siglo pasado, todavía me ocurre añadir un par del siglo presente, contra el parecer de que el *Quijote* pueda ser mirado como un libro negativo y destructor de los ideales heroicos que sostienen a la humanidad; un par de opiniones emitidas con ocasión de los dos tricentenarios cervantinos anteriores, oportunas ahora que conmemoramos un cuatricentenario.

El genial y profundo romanista, profesor de la Universidad de Berlín, Heinrich Morf, en el tercer centenario de la publicación del *Quijote*, insiste mucho sobre la ausencia de cualquier amargo dejo en las inmortales páginas, pues el carácter señaladamente benévolo del humorismo cervantino hace al lector amar al héroe como el autor lo amó; la literatura universal ofrece pocos escritores que posean una tal fuerza formativa de hombres, y no ofrece ninguno que iguale a Cervantes en la cordial simpatía hacia todos aquellos que batallan con las miserias de la vida, es decir, simpatía hacia los hombres todos.

Y si así podía pensarse en la feliz paz de comienzos de siglo, también podían descubrirse aspectos altamente afirmativos ante el lúgubre espectáculo de la primera guerra mundial que ardía al celebrarse el tercer centenario de la muerte de Cervantes. Entonces el ilustre profesor de la Universidad de Edimburgo, H. J. C. Grierson, escribía *Algunas reflexiones en tiempo de guerra sobre el carácter e influencia del "Quijote"*, y en ellas acentúa el altísimo valor de la gran novela durante las tristes circunstancias de una época en que los hombres se hallan plenamente conscientes "del fondo trágico de la vida"; es el más feliz de los libros, dice; el mejor de los mitigantes en un tiempo como el presente, porque renueva nuestra fe en la humanidad; el mejor libro al cual puede el ánimo, atribulado por la guerra, volverse en busca de consuelo.

Sirvan estas palabras de punto final a la votación aquí intentada. Ellas nos dicen que al *Quijote* podemos volver confiados la mirada en nuestro cuatricentenario, en estos tiempos en que si la tragedia renovada parece interrumpida, nada halagüeños se muestran.

* * *

La gran mayoría de pareceres afirmativos que por todas partes surgen, permite concluir en general que el *Quijote* está muy lejos de obrar sobre sus lectores como libro deprimente, ni menos como destructor de las esencias heroicas que informaban la caballería medieval, heredadas por el espíritu moderno, siempre impulsoras de noble y abnegada conducta. Es apreciación muy incompleta toda aquella que se detiene en la burla de la caballería andante y no percibe la complicación del tipo quijotesco: cuerdo cuando raciocina, mueve a profunda y melancólica simpatía, haciendo deseable la santa sed de Justicia, de Verdad y de Belleza que él propugna; loco cuando obra, se capta todavía nuestra admiración por su inquebrantable fe, por su inagotable energía, por su martirial poder de sufrimiento que nos edifica y fortalece. El invencible entusiasmo del vencido caballero es donairoso y grave doctrinal de tenacidad heroica ante los ideales más arduos, los únicos dignos de tal nombre, los que hoy son un sueño inasequible, y sólo se harán alcanzables en un futuro mejor.

Esa honda simpatía, subyacente siempre en el humorismo cervantino: ese complejo de cómica irrisión y de amoroso respeto, dos contrarios en deleitable mezcla, cuyo mágico encanto confiaron las Musas a Cervantes tan sólo: esa profunda visión risible, risueña y amable del impenetrable misterio, el irónico misterio de la vida, hacen que Don Quijote venga a ser símbolo de la humanidad, habiendo ganado carta de naturaleza en todas las literaturas del universo, con universalidad tan vívida y pintoresca, que, como dice Schelling, el ingenioso hidalgo es personaje mitológico en todo el ámbito del mundo civilizado. Cervantes, el creador de ese profundo símbolo, bien puede, en su perdurable imperio literario, recibir, mejor que aquel feliz y efímero emperador del mundo, el venturoso calificativo de Amor y delicias del género humano:

Amor ac deliciae generis humani.

(Este texto ha formado parte del magnífico discurso con que el Excmo. Sr. Director de la Real Academia Española, D. Ramón Menéndez Pidal, clausuró —el día 23 de abril último— la Asamblea Cervantina de la Lengua Española, en el IV Centenario del nacimiento de Cervantes.)